

ALFAGUARA

Manuel Longares

La ciudad sentida



LA CIUDAD SENTIDA (2007)

Hablamos de una ciudad arraigada en el mapa y con muchos siglos de historia, una ciudad que pese a presentarse tal cual es, sin modificar el nombre de sus calles, ni el curso de su río ni la ubicación de sus monumentos, no parece la misma cuando se somete a la disección del cronista igual que el cadáver al bisturí del forense y en algún punto de su geografía muestra la cara oculta de la evidencia, ese hallazgo del que recelamos en principio, achacándolo a infidelidad de nuestra vista, cansada de indagar en tinieblas, aunque poco a poco absorbe nuestra atención y, a la manera del faro de la locomotora en la noche, que parpadea a lo lejos y conforme se acerca avasalla y deslumbra, así nuestro descubrimiento se acredita a fuerza de ser observado, por más que esa fisura abierta en el catastro no provenga de intereses económicos, como suele suceder, sino de una especulación literaria expresada por la vía del cuento.

Aviso

La feria de San Isidro fue un desastre, dirán que no hay dinero pero lo que falta es vergüenza. Los toros venían del Batán cansados y al primer capotazo se tumbaban. Acabarán sacándolos al ruedo en carretilla, los toreros les darán conversación, y en eso consistirá la faena. Ahora, después de la corrida, ningún aficionado sube toreando por la calle de Alcalá. Y de los presidentes qué decir, si con sus actuaciones no necesita enemigos la fiesta.

El mejor trofeo de esta isidrada ha sido la cazuela de rabo de toro que se despacha a los turistas en los figones de la plaza Mayor. Muchos de los que hacen la digestión por los alrededores son desvalijados y los que se resisten al atraco sufren lesiones o muerte. El pícaro que los ataca seguramente probó el mismo plato en el hospicio, en el correccional o en la casa de comidas, de donde se largaría sin abonar su precio.

También se distribuye este guiso en asilos y hospitales, aunque sin la vigilancia de los doctores, de modo que los que repiten ración se empachan. Pero tienen el consuelo de caer en cama y no acuchillados en una esquina por la delincuencia callejera o reventados y esparcidos sus restos, como los usuarios de los servicios públicos —trenes, aviones, autobuses—, víctimas del atentado o del error de los políticos.

La avaricia del contratista hunde los edificios y el cansancio del conductor estrella el autobús de pasajeros. Por caducidad de las instalaciones descarrilan los trenes y por la incuria de las constructoras se matan los albañiles. Raro es el día en Madrid sin un accidente de andamio. La sangre de los infortunados y el llanto de los deudos desbordaría los ríos de la provincia. Las autoridades presiden los entierros, pero no abandonan sus cargos ni aprietan a las empresas.

En la medianoche del viernes, barrio del Lucero, asesinaron a otra mujer. Sesenta años de buena salud, con una hija

casada y un nieto. No hubo robo ni acoso, sino disputa conyugal. Los vecinos dieron la alarma porque no podían dormir con los gritos. Al principio los atribuyeron a la tele, pues su violencia se confunde con la realidad de la calle. Cuando derribaron la puerta y vieron a la mujer cosida a puñaladas estimaron cortas las quejas.

Se sospecha del viudo, pero todavía no se ha confesado autor del crimen, porque cuando la justicia le buscó ya estaba huido. Un hombre corriente, sin antecedentes ni murmuración, carnicero de Legazpi. Por querencia escapó hacia Vista Alegre y debe de seguir por las inmediaciones del caso de la Chata. Aunque, más pronto que tarde, se personará donde juega su nieto, cerca del mercado de San Braulio, junto al metro de Urgel.

Entonces, acaso contará al niño por qué mató a su abuela y, si no acierta a explicarlo, le dejará en herencia su ejemplo. Cuando se educa a los hombres en que deben dominar a las mujeres y cuando las mujeres se prendan de la energía de un hombre, no cabe esperar sino violencia. La hija comenta a las vecinas que no perdona a su padre este crimen, pero delante de su marido calla porque le alza la mano y teme seguir el destino de su madre.

Un espanto tapa otro y, como la actualidad manda, ocurre lo que en los toros, que cuando están lidiando el quinto nadie se acuerda del que abrió plaza. Para sobrevivir a esta sangría hay que echarse los cadáveres al hombro, aceptar que dentro y fuera del ruedo todos tenemos fijada la hora y que, cuando ésta se retrasa, la presidencia lanza un aviso. Quien pisa la calle de Madrid arriesga tanto como el torero en el redondel, menos mal que disfrutamos de los atardeceres más bellos.

Se alargan los días y las noches se abrevian, comienza julio y no se respira ni en los parques. En el horno de Madrid se achicharra la gente, esto parece Auschwitz. Si para San Cayetano no ha llovido, ¿cómo se limpiará esta corrupción? Nada se decidirá en verano porque, al igual que otras veces, aguardaremos a resolverlo en otoño y, mientras estudiamos un remedio, se presentará el invierno y, antes de

que nos demos cuenta, llegará la Nochebuena, que como vino se irá, y nosotros nos iremos y no volveremos más.

Leyendas

Sobre el paisaje madrileño y sus gentes circulan muchas fantasías ante la indiferencia, si no el desdén, de la ciudad involucrada en ellas, la misma que viste y calza un uniforme que, por lo bien que le cae, parece hecho a su medida y no diseñado por sus idólatras: es ese conjunto de mantón de Manila, clavel reventón y falda de céfiro que, bajo un cielo inefable, luce la más garbosa del barrio donde Isabel Tintero encontró en la basura el lienzo milagroso de la Soledad.

Estas hipérboles nacen en los jardines de la alameda de Osuna, en las escalinatas del mentidero de San Felipe o en la función de madrugada de Apolo y se propagan sin oposición ni debate entre los señoritos del trueno, los filósofos ilustrados, los clérigos de misa y olla, las escotadas del abanico o los jaques de la taberna taurina donde hay frasca de valdepeñas y fandango al atardecer; las apoyan los que construyen su patrimonio cultural con dos o tres refranes — pues no hablamos de honduras, sino de tópicos tan asentados en la mentalidad colectiva como el engrudo de chocolate que se bate a vida o muerte en el ruedo de la jícara con el tenso soconusco—; y quienes hoy las asumen se han olvidado de su creador y ni se molestan en exigirle daños y perjuicios.

El farol

Madrid se presenta a los geógrafos como un bubón en la meseta de Castilla. Su diseño no es ilustrado y francés, sino angustiado y ruin, y por eso a los literatos no les cautiva tanto su esqueleto como sus contenidos, lo que Vélez de Guevara llama el puchero humano, un burbujeo que define, a falta de otra singularidad, este antro de insatisfechos.

Para la vista de lince que a la distancia de Vallecas o Pinto traspase la polvareda alzada en la Corte por ciudadanos y carruajes, lo que se cuece en el Madrid de Cervantes, Góngora y Tirso de Molina recuerda una olla con garbanzos. Como ingredientes de esta cazuela, desvelados por los escritores costumbristas, figuran las artesanías. Cada una congrega a sus practicantes en una calle donde se maneja un vocabulario peculiar que, por imperativo de la competencia mercantil y de la guerra entre barrios, nace hermético para los que no son del gremio y se convierte en jerga.

Vive el madrileño en confrontación verbal continua. Gracioso con Lope, majo con don Ramón de la Cruz y menestral en zarzuelas y entremeses, pierde con los años el pelo de la dehesa para lucir su condición urbana de curioso parlante con Mesonero Romanos, o burócrata con Larra.

Todavía este madrileño considera distinguido regalar por Navidades gallinas, pavos y frutos del campo. Pero ya esa actividad agrícola no se desempeña en la ciudad sino en las afueras, desde donde acude el vendedor ambulante a ofrecer el producto genuino. Con ello, la fama agraria de la ciudad se desvanece: por los suburbios donde los abuelos cultivaron lechugas y honraron a San Isidro Labrador, campan ahora los golfos de la inmigración o el proletariado que invaden como lobos el centro de la urbe ante el recelo de las familias burguesas instaladas en esos cubículos llamados

pisos, una tendencia de la nueva arquitectura ciudadana que desdeña extenderse a lo ancho de huertas y trigales para edificar en vertical, con la ambición del rascacielos.

En el entresuelo se establece un comerciante y el principal lo ocupa un funcionario, que estará de servicio o será cesado por el gobierno de turno. Padres e hijos se reúnen en torno a la mesa camilla de la habitación más frecuentada, que por eso se conoce como cuarto de estar. Hasta ahí les llega —desde la calle o el inicio de la escalera— el pregón del campesino con miel de la Alcarria o melón de Villaconejos y al instante mandan a la criada a proveerse de su mercancía exquisita, con la que agasajarán a los miembros de la tertulia vespertina: los políticos relacionados con el cabeza de familia, el párroco devoto del chocolate con picatostes y el pretendiente de la niña, que estudia Leyes para superar el escalafón de su suegro.

Una tarde, la familia no recibe a sus contertulios porque pasea por Recoletos o fue al teatro a llorar con Echegaray o a reírse con Vital Aza. O a descubrir su antecedente, y con ello su identidad, en la revoltosa de una corrala castiza. Esa tarde, la criada mete en su cama al tratante que la deshonorra. Deja entonces el servicio doméstico por el piso más coqueto que le costea un diputado con porvenir, o canta en un café de camareras o, desesperada loba de los arrabales, se prostituye por cuatro perras para dar de comer al hijo natural que concibe entre las páginas de la novela erótica de un Madrid que es canalla o señor por exigencia de la propiedad horizontal, o absurdo, brillante y hambriento cuando toma la calle y se sabe sin ley.

Esta metrópoli de forasteros queda abandonada por sus pobladores los días de fiesta. Obedientes al reclamo de la tierra, los urbanos tornan al campo y con ellos se desplaza el bullicio que dimana de la jerarquía administrativa de la ciudad, un rango que no merecen sus avenidas ni sus monumentos, pero que, como un don de la naturaleza, destilan sus habitantes. Porque, igual que el madrileño baila el chotis en un ladrillo, a Madrid le basta un rincón para hacerse capital.

Tres siglos después de aquella metáfora del puchero, la olla continúa hirviendo. Corte y suburbio, autopista y callejuela, buhardilla y corrala, soledad y vecindario sustancian ese caldo. Pero, más allá del espacio y del tiempo, a Madrid lo define un farol: el que encandila al iluminado de la provincia a conquistar la capital de la gloria y el que desde dentro proyecta su sentido figurado —¡qué farol!— para desaconsejar la participación del ingenuo en ese guiso de especuladores.

El asfalto

Ese chaval que vende gangas en el Rastro de la Ribera de Curtidores nada sabe del lugar donde se gana la vida hasta que una mañana lo aprende —deslumbrado por el farol capitalino—, y no a través de un libro ni de un vídeo ni porque ese día la ciudad le parezca inaugurada, sino gracias a la canción del tenderete más próximo, donde la chusma regatea las ofertas y Ramón Gómez de la Serna hace vanguardia con las antigüedades.

*¡Qué manera de aguantar,
qué manera de crecer,
qué manera de sentir...!*

Pero, antes de estrellarse en el asfalto o desaparecer con viento fresco, la melodía atraviesa las ondas como un suicida del Viaducto para que el chaval, al seguir su vuelo con la vista, descubra la caricia del Guadarrama en los árboles del Retiro y del Oeste, dos parques que son los pulmones de la urbe asentada sobre el esternón del Manzanares, el río que, si fue caudaloso de mozo, se le canaliza en su madurez, no vaya a pasar por agua las meriendas que en su orilla celebran por la festividad de San Isidro los habitantes de la capital de España, cuando salen de sus cubiles en busca de la verdura de las eras.

La fama de Madrid no tiene padre ni madre, en la incluso se acredita y a impulso de los cronistas traspasa la reja de las Comendadoras y circula por el mentidero de San Felipe en versos de Lope de Vega que recitan los cómicos en los escenarios del Príncipe o de la Cruz. Barbieri la pone en solfa y su tonadilla se interpreta en los saraos de la aristocracia, en los bailes de candil y en las pianolas de la bur-

guesía. Pero baja de rango desde que Cuba se emancipa, y ya entonces importan menos las paradas militares de la Corte —aunque homenajeen a la infantería que combate en África— que los celos mal reprimidos de un cajista de imprenta cuando sorprende a su novia del brazo de un boticario añoso por las calles donde los Austrias mataron a Escobedo.

El coraje de ese tipógrafo —Julián es su nombre y se significa en *La verbena de la Paloma*— se inspira en la rebelión de mayo de 1808 y pervive en la ciudadanía de la guerra civil de 1936, que aguanta tres años de bombardeos y cuarenta de dictadura con la impasibilidad de los cadáveres de la Almudena. Su leyenda atrae al aluvión gitano y árabe que construye su chabola en la periferia donde la nobleza franquista monta cacerías de rojos y da limosna a quien le besa la mano. En el andamio que se multiplica por el ensanche madrileño esos emigrantes cantan las rumbas de su terruño, y sobre las tablas del teatro Calderón alzan una catedral flamenca que propaga su destemplanza por esa desolación de uralitas —La Celsa, Villaverde, El Pozo—, donde Jorge Borrow y el padre Llanos pugnan por hacer santo de su cofradía a tanto ateo que se cree en la gloria desde que habita este infierno.

La convicción de que en Madrid está el cielo —de la que continuamente apostata el castizo, sin duda por cuestiones de tráfico— incorpora a su brisa estos sonos y los de quienes, a fin de gozar del paraíso de la Corte, ocupan las casas abandonadas por sus dueños. Para estos desplazados, Madrid es la meta donde se cruzan todos los caminos. Lo sabe el hombre que, pese a ser forastero, está tan vinculado al Madrid que canta como la sabina de su apellido a la tierra. Y ése es el artista que ha conquistado con su balada al joven vendedor del Rastro.

*¡... qué manera de soñar,
qué manera de aprender,
qué manera de sufrir...!*

Pongamos, por eso, que el chaval roba el disco en un descuido del encargado del tenderete y, entre gritos de denuncia, escapa a su guarida para escuchar esa canción que considera propia. ¿Quién se atreverá a quitarle lo que le pertenece? Así piensa el muchacho, pero uno de sus perseguidores lo derriba en la plaza de Jacinto Benavente, junto al coliseo cañí de sus abuelos, y con un pie en el pecho lo retiene hasta que la policía se haga cargo de él.

*¡... qué manera de palmar,
qué manera de vencer,
qué manera de vivir...!*

Podrían pasar siglos sin que su guardián se enterase de lo que pisa. Pero, poco a poco, capta el vaivén del corazón que oprime. Y como una melodía nacida de las entrañas de la tierra que sobrevolara la ciudad hasta perderse en el aire, reconoce en el latido la respiración del asfalto.